

## III

## UN IDILIO EN LA TEMPESTAD

Propiedad de las almas esencialmente nerviosas es luchar hasta el fin, en tanto que apremie el peligro por combatir; pero, cuanto más grande ha sido el gasto de fuerza, más peligroso y profundo es el aniquilamiento que sigue siempre á esa clase de sobrecitaciones.

Á consecuencia de la larga y heroica energía empleada por la señorita de Lespare, tenía que sufrir necesariamente ésta una depresión proporcionada á su fiebre. Así, tan pronto como se vió segura en el hueco de las ramas del plátano, tuvo un deslumbramiento que la hizo cerrar los ojos. Su naturaleza de mujer, dominada durante largo tiempo, recobró sus derechos. La joven acababa de desmayarse. Á la luz intermitente de la luna, el vizconde la vió desvanecerse.

— ¡Oh! ¡oh! le dijo dándole golpecitos en la mano, ¡un hombrecito tan valiente!... ¡Vamos! ¿cerrar así los ojos?

Podía continuar creyendo en la presencia de un hombre, pues la claridad pasajera de la luna no le había mostrado la finura de su compañera. El agua en que se habían empapado los vestidos de Enriqueta había contraído de tal modo la tela, que ni siquiera podía descubrirse el cuello; además, la falda calada se ceñía tan íntimamente á las piernas que bien podía pasar por un pantalón corto de los que se llevaban entonces. Viendo que su salvador no daba señal alguna de vida, asustóse el vizconde y se acercó lo más posible para prestarle socorro.

En Enero, por muy clemente que sea la temperatura, el agua no está nunca á la suficiente para poder permanecer sin peligro en ella durante largo rato. Por lo tanto, opinaba Santiago que el joven que ante tenía — lo creía aun un niño, guiándose por el poco grave timbre de su voz — como no estaba aún en la edad del completo desarrollo de la resistencia física, podía temer malas consecuencias por tan prolongado baño. El vizconde se veía apurado; pero tenía entendido que, en semejantes casos, á falta de sales, se recomiendan las friegas.

— ¡Valgan lo que valgan! exclamó. ¡Probémoslo!

Y poniendo su resolución en práctica, agarró con ambas manos una de las piernas para friccionarla vigorosamente.

— Finas medias, pensó, subiendo la mano á lo largo de ellas.

Pero se detuvo en el acto, asombrado, estupefacto. Sus manos acababan de alzar involuntariamente un

plieguecito de la falda y de rozar un poco de carne nacarina. Ese tocamiento le hizo estremecer de pies á cabeza. No hubiera podido explicarse por qué. La falda volvió en seguida á su posición.

— ¡Demonio! murmuró el vizconde, furioso por tal aventura. ¡El chiquillo lleva zagalejo!.. ¡Qué condenado país!

Vuelto á la prudencia, pero no pudiendo eximirse de ayudar á quien le había salvado, pensó en voz alta:

— ¿Pero, á qué atacar las piernas, si lo que aboga á ese muchacho es ese corpiño tan apretado que no le deja respirar?

Torpemente soltó los broches, é, inclinado hacia adelante, abrió el cuerpo, precisamente en el momento en que un rayo indiscreto se filtraba entre dos nubes, para desvanecerse en el acto. Por rápido que fuera el paso de ese rayo, el vizconde había tenido tiempo para ver; y fué tal su emoción, que estuvo á punto de perder el equilibrio y caerse del árbol.

— ¡Es una mujer!.. exclamó, asiéndose á la rama. Una mujer maravillosamente bella... ¡Mi salvador no es un Tritón, sino una Nereida!.. ¡Ah! ¡desde algunas horas, vivo en un cuento de hadas!... ¡Cuando cuente en París que he visto llanuras labradas, sobre las cuales maniobraría cómodamente la escuadra de Su Majestad, se reirán en mis barbas!.. ¡Pero cuando añada que las muchachas de esta comarca acuática se permiten ser cien veces más valientes que los hombres, querrán encerrarme!... ¡Ah! pero no lo consentiré; sobre todo ahora que he podido ver lo que

nunca había visto: ¡una verdadera heroína!... ¡Me siento otro!... ¿Estarás enamorado, pobre Santiago mío?.. ¡Ah! ¡si escapamos de ésta, quiero que mamá Courten-Málo tenga una nuera como ella!

Un suspiro lanzado á su lado le trajo á la realidad. Enriqueta recomenzaba á vivir. Había sido anonadada tanto por el exceso de fatiga como por el frío y la falta de aire. El viento, que le azotaba el pecho descubierto, la había hecho volver en sí más pronto y mejor que todas las sales y friegas. Instintivamente, llevóse las manos á la garganta. Adivinaba en parte lo que había debido de pasar, y se volvió á abrochar precipitadamente el cuerpo, en tanto que un ligero color carmín, afortunadamente invisible en aquella obscuridad, le subía al rostro.

— Gracias, caballero, dijo. Parece que no le gusta tener deudas, puesto que las paga sin tardar.

— ¿Yo he pagado? preguntó el bretón. ¡Ah! ¡ah! ¡Es usted un acreedor demasiado benévolo, señora ó... señorita!

— Señorita.

— Pues bien, señorita, las gentes de mi apellido — soy el vizconde Santiago de Courten, para servirla, se lo juro — son deudores mucho más exigentes para consigo mismos.

— ¿No estaba usted en la carretera con dos compañeros?

— Dos extranjeros que había encontrado momentos antes. ¡No sé si pertenecerán aún á este mundo, los desgraciados!

— No tema por ellos; mi padre se habrá cuidado de salvarlos.

— ¡Señorita! exclamó el vizconde, si su padre está cortado sobre el mismo patrón que su hija, debe de ser un hombre extraordinario.

Enriqueta sonrió.

El agua continuaba subiendo, y como el plátano, agitado por continuo temor, se había inclinado un poco, la rama en que se hallaba el vizconde, llegaba ya al agua, capturando al paso todos los residuos que traía la corriente.

Algo enorme, monstruoso, se acercaba al árbol. Era la rueda del molino de Champy que, arrancada de sus cimientos de piedra por la crecida, efectuaba á disgusto su primer viaje en libertad. La gigantesca pieza fué á engancharse en la rama de Santiago. Su peso, decuplicado por la velocidad adquirida, hizo doblarse el árbol entero. Una vez más pasó el agua por encima de las cabezas de los jóvenes, que se dieron la mano. Produjose un prolongado crujido. El gigante del valle tembló de la raíz á la copa. Pero salió de nuevo del agua, altivo y aliviado, en tanto que la rama baja, rota á raíz del tronco, se alejaba con la rueda, contra la cual parecía sostener lucha sin tregua. Con nervioso movimiento, Enriqueta había atraído al vizconde hacia ella. Ambos, estrechados uno contra otro, porque ahora les faltaba espacio, permanecían hundidos en el fondo de la horquilla. Una vez calmada la emoción producida por el nuevo incidente, ni uno ni otro volvían á emprender la conversación. La joven, sin con-

fesárselo, hallábase bien, estrechada contra aquel hombre cuyo rostro no había visto. Además, aquel acercamiento estaba autorizado por las circunstancias y la ayudaba á conservar un poco de calor, porque, bajo sus empapados vestidos, el frío empezaba á penetrarle hasta la médula.

En cuanto al vizconde, éste no lo sentía, al contrario, al verse tan cerca de aquel cuerpo joven, algunos de cuyos encantadores detalles habían adivinado sus ojos, bien involuntariamente, sentía como ciertos vapores.

— ¿Y usted viaja por entretenimiento?.. preguntó la joven, rompiendo al fin el silencio.

En su crítica situación, aquella tranquilidad de ánimo en una mujer, maravilló al bretón mucho más que sus recientes proezas. Dijo, arriesgándose á estrechar el talle de la á quien no podía abandonar sin caerse:

— ¿Cómo puede usted pensar en esas cosas, señorita, cuando su vida pende de un hilo?..

— ¡Bastante grueso! interrumpió Enriqueta, si se refiere usted á nuestro plátano.

— Decididamente, pensó el vizconde, no me desdigo: ¡es un fénix! En todo su ejército, no tiene mi primo Argenson un corazón tan bien templado.

Y, en voz alta, añadió:

— Ya que usted bromea, responderé á su pregunta; además, no es ningún misterio. Este raro país no hubiera recibido nunca mi visita — ¡y por cierto la hubiera echado yo de menos toda mi vida, en vista de lo que he encontrado!.. — si no me hubiera hecho

30117

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

montar á caballo mi primo Argenson, para llevar una orden de Su Majestad el Rey al castellano de Tanlay.

La joven lanzó un grito:

— ¡Á mi padre! ¿una orden del Rey?

— ¿Cómo? exclamó maravillado el vizconde, buscando, para descubrirse, su sombrero, que debía de estar lejos: ¿es usted hija del conde de Lespare?

— Es probable, puesto que él es mi padre.

— En ese caso, señorita, ya no me extraña nada... ¡Tate! estamos subiendo... ó es que el agua baja...

El agua no bajaba; pero su incesante crecida acababa de dar cuenta del plátano, cuya larga resistencia hubiera merecido mejor suerte. Agitado, sacudido, el árbol gigantesco acabó por descalzar sus raíces y, raro fenómeno, impelido fuera del liquido como un tapón de corcho, acababa de alzarse muy recto, simulando un último gesto de amenaza. Luego se abatió pesadamente bajo el peso de la inundación, entregándose, vencido. Este fenómeno había sido tan brusco, que Enriqueta, cogida de improviso, cayó al agua bajo el tronco del árbol y, por segunda vez, quedóse sin respiración. Afortunadamente, Santiago tuvo tiempo para enlazar con el brazo la cintura de aquella cuya vida le era ahora mil veces más preciosa que la suya; porque aquel calavera sin convicción, galante mariposa de corazón, acababa de quemarse las alas bajo el agua mejor que con potasio. ¡Había recibido el flechazo!... ¡Amaba!... Aunque la tormenta se había calmado un poco, no por eso dejaba la llanura de verse atravesada por olas que cabalgaban por el

gran lago de formación espontánea, por decirlo así, como los corceles de Neptuno, agitando sus espumosas crines. Á cada paso, esos escuadrones líquidos cubrían á los dos jóvenes, de los cuales uno solo, agotando sus fuerzas, se oponía á sus redoblados asaltos.

La situación se agravaba. Sin quererlo reconocer, el vizconde tenía el presentimiento de que, en aquella lucha desigual, vencería el agua, y con un principio de desesperación intentó aprovechar los pocos instantes de calma para reanimar la forma inconsciente de aquella á quien acababa de deber la vida, y que, tal vez, iba á ser causa involuntaria de su muerte. Con el frenesí de la desesperación, estrechaba contra su pecho el cuerpo inerte de la joven, cuyos miembros sentía enfriarse y cuyo seno sentía temblar, seno que sólo había visto un segundo, con mirada apasionada. seno de heroína, cuyas palpitations supremas tropezaban en aquel momento con sus atrofiados dedos... ¿Qué podía esperar el caballero bretón en aquel trance sin salida? Terco como los de su raza, nadaba con el brazo que le había quedado libre... Nadaba y más nadaba... ¿Adónde iba?... Respecto de esto era completa su ignorancia. Sólo pedía á su energía que lo mantuviese á flote, que no le dejase zozobrar, ni á él, ni la carga querida que llevaba. Ni siquiera se le ocurría pensar que pudiera encontrar una quimérica ribera. Y en cuanto á socorro, ¿á qué pensar en ello?... Tan lejos como su mirada podía alcanzar en aquel mar de aguas glaucas, sólo tropezaba con oleadas fosforescentes ó con húmedos montículos que bailaban des-

enfrenada danza. En el instante en que hubiera debido apoderarse de él el desaliento, sucedió todo lo contrario, y los destrozados nervios del vizconde de Courten fueron de pronto como bañados en poderoso reconstituyente por el hecho de que se le rebelaba enteramente el corazón.

¡Cómo!.. ¿En el preciso momento en que acababa de hallar á la en que nunca hubiera osado soñar, y que hubiera creído locura pensar en su existencia, en ese preciso momento era cuando se presentaban á los dos los indicibles horrores de las últimas visiones?

— ¡Oh! ¡no! ¡eso no!

Su agradecimiento y su admiración habían entrado por mucho en el sentimiento que se apoderó del vizconde, aunque, sin querer persuadirse de ello, su orgullo de macho se había humillado bastante por la energía y el heroísmo sobrehumanos realizados por un cuerpo tan débil. Ahora que se habían invertido los papeles, ¿hallaría él menos recursos en su musculatura, que los que sacó aquella débil mujer de sus pequeños y elegantes miembros?

— ¡Demonio!... exclamó en voz alta, tragando el agua de las olas, ¡sería para dudar de todo, el que yo me mostrase inferior á esa tarea emprendida ya con tan buen resultado por otro!... Usted ha acudido á salvar, con peligro de su vida, á un extraño, señorita de Lespare. ¡Por fortuna, ese extraño es un hombre honrado; le pesa la deuda contraída con usted, y, aunque él tuviese que morir, usted será salvada!

El vizconde nadaba, nadaba, y también bebía, el

pobre muchacho. ¡Cuán cierto es que la fuerza, por bien dirigida que sea, no puede igualar á la voluntad! Sin darse cuenta, el vizconde empezaba á estertorar.

Y continuó diciendo:

— ¡Dios es testigo de que, sin consentimiento de usted, la había elegido ya por prometida!.. ¡En mí mismo, yo había hablado ya á mi madre, porque, acaso sin saberlo, de una sola vez ha cogido usted toda mi alma y todo mi corazón!... Pues bien, señorita, para reemplazar ese compromiso de eterna felicidad á que todo agonizante tiene derecho, voy á robarle un beso, el primero, el último probablemente... ¡ese es mi viático!..

Con un esfuerzo convulsivo, levantó á Enriqueta de Lespare y sus labios rozaron los de la joven. Por todo el cuerpo sintió como una conmoción eléctrica... Antojábasele ¡qué locura! que el beso dado le había sido devuelto.

— ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Haced un milagro! ¡salvadla! suplicó el joven, cuyos músculos se ponían rígidos.

El milagro iba á cumplirse, no siendo ajeno á él Maese Bel. Al dejarse arrastrar sobre el techo de bálago, el inteligente animal no tenía más que un objeto: ir en busca de socorro para su ama. Lo había encontrado. En las ansias de su agonía, el vizconde sintió un prolongado ladrido y notó una gran cabeza lanuda que se inclinaba bajo su pecho para impedirle ir al fondo. Casi al mismo instante, colocábase á su lado una lancha. Una mano vigorosa lo agarró por el vestido, tratando de alzarlo.

— ¡Pronto, Jarnac!.. Mi hija está bajo el braze de este digno muchacho... ¡Subámoslos juntos!

Esas fueron las últimas palabras que oyó Santiago de Courten.

Los dos profesores de esgrima, Jarnac y Chaminade habían salido, como se recordará, del castillo de Tanlay con un carro que llevaba la lancha de recreo destinada á pasear por el gran canal. Pasada la aldea, cuando el vehículo doblaba el recodo de la carretera, habían notado la primera aparición de las aguas de la crecida. Entonces, con la prudencia que caracterizaba á Chaminade, decidieron poner la embarcación á flote. Luego, dejando el carro al cuidado del tío Martinet, los dos inseparables, montados en el bote, limitáronse á vigilar, de lejos, al conde de Lespare y á su hija, cuyas sombras ecuestres se destacaban en el claro obscuro del cielo, á pesar de las tinieblas de la noche.

Buena idea fué la de quedarse alerta, porque, cuando los dos jinetes se lanzaron al agua y habían sido desmontados por el encuentro del tronco de árbol, á no ser por la embarcación de los dos profesores, no hubiera podido el conde de Lespare prestar eficaz auxilio al duque de Torino y á su sirviente que, con seguridad, se habrían ahogado en el infranqueable laberinto de ramas adonde les había arrojado su desgracia.

Practicado este primer salvamento, dedicáronse á la busca de Enriqueta y del tercer viajero. Pasaron una hora en inútiles investigaciones, que hubieran

sido estériles á no ser por Maese Bel. En efecto, los dos náufragos, cogidos por una corriente impetuosa é invisible, habían sido arrastrados hacia el Noroeste, parte que el conde no pensaba en explorar. Mas el buen perro se había encargado de ponerle en buen camino, y ya hemos visto que la intervención de los bateleros había llegado muy á tiempo.

## IV

## CÓMO SE COMUNICA EL AMOR

El viento había cesado completamente. La marejada se calmaba. El cielo tenía esa limpidez de las horas nocturnas, y el firmamento, desprendido de sus velos, mostraba constelaciones como agrandadas por la pureza de la atmósfera. El castellano había vuelto á coger el timón; Jarnac y Chaminade agarraban los remos, remando con energía. Tratábase de llegar cuanto antes á tierra firme, pues la canoa iba demasiado cargada y había terminado ya la expedición nocturna.

Enriqueta, vuelta definitivamente en sí al poner el pie en el agitado suelo del bote, prodigaba cuidados al vizconde, cuyo inanimado cuerpo fué acostado en el fondo de la lancha. El duque de Torino y sus compañeros, sombríos y silenciosos, permanecían en el asiento de popa y parecían incapaces de ayudar en nada.

No era de las más cómodas la tarea del conde. Había que acercarse todo lo posible á Tanlay, cuyo negro perfil se destacaba por cima de la aldea; pero no se

podía ir allí en línea recta. Ramajes, troncos y enormes raíces tortuosas perforaban la superficie líquida. Maese Bel, que había quedado en el agua, servía de guía.

Los dos remeros, no acostumbrados á tan fatigante tarea, hacían cuanto podían. La lancha llegó á la línea de árboles de la carretera inundada y siguió costeándola. Al fin, la quilla arañó el fondo. Habían llegado. Maese Bel se acercaba al carro del castillo, que había quedado en el mismo sitio en que lo dejó Jarnac, pues el tío Martinet no era hombre capaz de abandonar su puesto.

Todos saltaron al agua, excepto Enriqueta, que fué conducida por Chaminade, y el vizconde, á quien Jarnac se cargó á la espalda para llevarlo á la paja del vehículo.

Luego, dejando la barca en tierra, dirigiéronse al castillo. Allí, los dos forasteros fueron conducidos por Lancelot á las habitaciones que rápidamente las habían preparado, y en las cuales hallaron copiosa merienda para confortarse. Así lo había juzgado conveniente el conde, pensando que debía aplazar las presentaciones para el día siguiente.

Durante este tiempo, Enriqueta se despojó rápidamente de sus mojados vestidos, cambiándoselos por otros, con ayuda de la fiel Justina, y fué á tranquilizar á su madre, así como también á los Gherlor.

Sin pensar en los cuidados que debía dar á su propia persona, el conde, ayudado por Lancelot, trataba de devolver el conocimiento al joven caballero bretón

á quien había hecho depositar en su mismo lecho. La persistencia de su inmovilidad empezaba á inquietarle.

— ¿En dónde vamos á instalar á este pobre muchacho? preguntó á su hija, que entraba envuelta en una bata, más fuerte y decidida que nunca, sin que sus recientes y terribles fatigas hubiesen dejado huella alguna en su encantador rostro.

— ¡En mi cuarto! replicó la joven.

— ¡Vamos! exclamó el conde asombrado. ¿Has perdido el juicio? ¡Eso sería indecoroso!

— ¡Y, sin embargo, así tendrá que ser! decidió la muchacha. Siga usted mi razonamiento, y no me acuse, sin oirme, de haber perdido el juicio. Este joven es pariente del conde de Argenson, ministro de la guerra: es vizconde, y se llama Santiago de Courten.

— Lo sabía, porque me lo han dicho los dos caballeros que venían con él.

— Habrán podido decirle que venía de París á Tanlay, encargado de traer á usted un mensaje de Su Majestad, misión que me temo no pueda desempeñar de viva voz en mucho tiempo... Pues bien, padre, si el vizconde me ha debido la vida un instante, ahora le debo yo á él la mía. Nuestras existencias se han unido una á otra en un instante trágico, por algo más fuerte que el amor, más poderoso que el odio: ¡el orgullo de haber luchado juntos contra la muerte y de haberla vencido!... ¡Si Courten llegase á morir, no me consolaría yo de haber sido menos tenaz que él, que me ha salvado! Á mi insípida debilidad debe el ha-

llarse en el precario estado en que se encuentra. ¡Á mí me toca sacarlo de él!

— Ya que así es, replicó el conde, que veía en aquella niña su propia é indomable voluntad y sabía que fuera del todo inútil quererla contradecir, procede como te lo dicte el corazón.

— Harto me conoce usted para saber que en nada ha de sufrir nuestro honor.

— Sin embargo, las conveniencias...

— ¡Restos de usos rancios establecidos por necios ó hipócritas!

— ¡Bueno! Lo más urgente sería avisar un médico.

— Me dispensará usted el que no haya esperado su consentimiento para dar órdenes. Lancelot está galopando ya hacia San Martín, y el tío Martinet ha salido á pie para Commissey.

— ¿Quién nos ayudará, pues, á transportar á este joven?

— Justina basta... Tiene tanta fuerza como un hombre. Ésta se acostará en mi cuarto, en una cama de campaña que haremos, y yo me instalaré en el suyo.

Hacia el amanecer, Martinet y Lancelot volvieron con todo lo que la comarca pudo proporcionarles como hombres de ciencia. Es decir, el primero, con el señor Castelship, inglés profundamente ignorante que ayudaba, mediante pago, á que no vegetasen mucho tiempo en la tierra los pobres lugareños de San Martín: el segundo, con Falempin, médico de Commissey, cuyas curas eran tan escasas como su saber.

Ambos estaban dotados de diferente carácter, que se distinguía por su propia estética: Castelship era alto y delgado, melancólico y frío. Llevaba lentes y peluca, y poseía un método. Falempin era bajo y rechoncho, risueño, siempre, bromista empedernido, y, cuando se descubría, su cráneo pelado provocaba la hilaridad de sus clientes menos dispuestos á la risa. Practicaba asimismo un método que, no por no ser el mismo de su colega, era menos asesino. Los dos augures se miraron de reojo al encontrarse á la cabecera del lecho de su nueva víctima, á quien Justina había cambiado mañosamente de ropa blanca y colocado en la cama del dormitorio de Enriqueta.

Gherlor, que conocía al vizconde por haberlo visto en la corte, Luis de Lespare, la condesa Constanca y Justina hallábanse reunidos en aquel cuarto, al lado del cual, y rendida al fin, había consentido Enriqueta en tomar un poco de descanso, después de confiar al enfermo á su padre. Los dos médicos se habían inclinado contra el enfermo, palpándolo y sobándolo.

— ¡Congestión cardiaca! declaró lúgubrementes Castelship irguiéndose de nuevo. ¡Aneurisma!

— Derrame, tal vez, repuso Falempin rompiendo á reír; ¡pero no en el corazón!.. ¡Es cerebral, amigo!

Al ruido de las voces despertóse Enriqueta y, saltando de la cama, precipitóse en el cuarto. Colocó la mano en el pecho del enfermo, y dijo:

— ¡Siento su corazón latir!

— ¡Toma!.. gritaron á una los dos galenos. ¿Qué decía yo?

Luego, uno tras otro, añadieron:

— Derramamiento grave.

— Carditis aguda.

Castelship cogió la lanceta.

— ¡Demonios! exclamó con sorna Falempin, apriando la delgada muñeca del Inglés con su mano grande y vellosa. ¿Quiere usted sangrar, poner ventosas, sanguijuelas, vejigatorios, sinapismos, y acaso sedales?... ¡Alto, alto! ¡No permitiré en mi presencia la aplicación de revulsivos estúpidos!... ¡Si eso es todo lo que les enseñan en Inglaterra!.. ¡Lo mismo sería poner cataplasmas á un clavó para desclavarlo!.. ¡Yo podría rehacer su instrucción enseñándole cómo se detienen los derrames de la nariz poniendo una llave en la espalda y otros cien remedios *ejusdem farinae*!

— ¿Va usted á impedirme salvar al enfermo? pudo decir al fin Castelship.

— Si sangra usted, viene la muerte.

— ¡Vaya!..

— ¡Si le aplica sanguijuelas, ídem!

— ¡Usted se burla!

— ¡Si escariza ó *tutti quanti*, ídem et per eandem rationem!

Los asistentes escuchaban con estupor esa discusión.

— Entonces, ¿cómo piensa usted volver en sí al enfermo? preguntó Castelship, intrigado.

— ¡Obligando á la naturaleza á obrar!

— ¿Por qué medio?

— Por un medio muy vulgar, al alcance de la inteligencia más obtusa.

Y antes de que nadie pudiera oponerse, el burlesco médico de Commissey (á quien llamaban « sin conmiseración »), levantando las mantas, á pesar de la presencia de las damas, apoderóse del pulgar del pie del paciente y empezó á hacerle cosquillas con arte.

Una siniestra risa estalló en el cuarto. Era el vizconde, que se había enderezado y reía.

— ¡Está loco! dijo desolado el marqués de Gherlor.

Ese calificativo podía aplicarse también al grotesco medicastro.

— ¡Presión cardíaca! exclamó el victorioso Fallempin.

— ¡Serosidad extendida! gruñó Castelship. ¡El cerebro!

Es de creer que el rostro y la voz de tales individuos desagradasen al enfermo, porque se lanzó fuera de la cama para agarrarlos del pescuezo. Costó gran trabajo quitárselos de las manos. Declarábase la fiebre cerebral decuplicando las fuerzas del vizconde.

No podemos contar todos los incidentes de aquella enfermedad que fué larga y dolorosa. Santiago de Courten estuvo cerca de quince días entre la vida y la muerte, teniendo como enfermeras á la condesa Constanca, Enriqueta y Justina, que se relevaban para cuidarle. Un médico de Tonnerre fué quien operó la curación, al cual mandaron venir, en cuanto el Armançon, vuelto á su cauce, permitió el restablecimiento de comunicaciones. Las primeras cosas de que luego se acordó el joven, fueron, primero, una sed ardiente, acompañada de sorda lasitud que le domi-

naba por completo, después, un bol de porcelana con flores de oro que le fué tendido por una mano fina al extremo de un brazo blanco que salía de una nube de encajes. Estos brazo y mano pertenecían, como puede suponerse, á Enriqueta de Lespare.

El vizconde bebió con avidez.

Cuando hubo vaciado el bol, miró á la joven enfermera, y su inteligencia, adormecida aún, esforzóse para despertarse. ¡Cosa rara! Antojábasele reconocer ese encantador rostro que él recordaba no haber visto nunca. Lo admiraba con los ojos á medio cerrar, porque su aspecto comunicaba á la somnolencia de su alma el mismo bienestar que la poción calmante acababa de proporcionarle al cuerpo. Luego, con la imaginación dominada por invisible pereza, volvió á caer su cabeza contra la almohada, y cerráronse de nuevo los ojos. Al volverlos á abrir, después de un amodorramiento bastante largo, Enriqueta estaba aun sentada á su lado, y le miraba. Santiago pidió de beber, y el timbre de su voz le hirió como un sonido extraño. Después de beber, retuvo la mano que le servía la taza y posó en ella los labios.

— ¿Se encuentra usted mejor?.. le preguntó Enriqueta sonriéndole.

— ¿Mejor? repitió él, buscando laboriosamente el sentido de esa frase que implicaba una comparación; ¿acaso he estado enfermo?

Su mirada dió la vuelta al cuarto. No encontró en él ninguno de los objetos familiares que decoraban su pisito de París.

— ¿Pero en dónde estoy? preguntó.

— ¿No lo sabe? Está en Tanlay.

Él repitió:

— ¿Tanlay?

Pero como esa palabra no tenía para él ninguna significación, no se obstinó en buscarle una.

— ¿Me reconoce usted? preguntó Enriqueta.

El vizconde hizo un esfuerzo, registrando su memoria. Mas ésta permaneció muda.

— No sé cómo expresar esto, murmuró, mirándola. Creo no haber visto á usted nunca, y, sin embargo, me parece que forma usted parte de mi misma existencia.

— Es porque hemos estado á punto de morir juntos, Santiago, murmuró Enriqueta.

Una oleada de sangre tiñó de púrpura el rostro del joven, que repitió:

— ¡Santiago!.. ¿Me ha llamado usted Santiago?.. ¡Ah! ¡Ahora recuerdo!

Efectivamente, acababa de volverle la memoria, enseñándole en confusión todo lo pasado reciente: la misión aceptada, el viaje, el encuentro con los dos extranjeros en la carretera, el cataclismo sobrevenido cuando estaba en su compañía, su salvamento operado por la señorita de Lespare, su permanencia en el plátano encima del agua; luego, la caída del árbol, y su marcha á la muerte, llevando bajo el brazo el cuerpo de aquella á quien debía la vida; y, en fin, el robo cometido en el momento de su agonía, el robo de un beso que él creyó notar que le devolvían... ¡Ah! ¡si

no se hubiera engañado!.. ¡Ay! si su buena estrella pudiese hacer que la compañera de aquella noche deliciosa y siniestra á la vez, fuese aquella maravillosa y deliciosa niña cuyo rostro devoraba él con los ojos! Titubeando por miedo á ver huir tan bello ideal, preguntó:

— ¿No es usted la señorita de Lespare?

— La misma.

— ¡Ah!.. exclamó el vizconde cogiéndole la mano, que ella no retiró, y cubriéndola de besos: quería oírse decir; pero no dudaba.

Permanecieron luego silenciosos, felices ambos, viviendo la dicha de la hora presente, sin tratar de penetrar lo porvenir. En efecto, aunque en la noche de lucha y de nervioso éxtasis el vizconde se había jurado á sí mismo hacer todo lo posible para unir su vida á la de la heroica joven, no le había dicho nada á ella. No obstante, entre los dos se estableció una corriente tan simpática, que ella lo había adivinado. Quizás también en el momento supremo en que el vizconde, enloquecido por la lasitud, se había permitido besarla en los labios, balbuciendo palabras de amor destinadas á no ser oídas, hubiera ella recobrado el conocimiento lo suficiente para comprender y saborear tan noble franqueza.

El caso es que, así como él se sentía arrastrado hacia ella, ésta tenía que confesarse que, por primera vez, dejaba de ser insensible su corazón. Además, todavía llevaba en los labios la quemazón del beso cambiado — sí, cambiado — la noche trágica. ¡Se había

desposado con ella frente á la muerte !... ¡ La muerte los había perdonado !... ¿ Por qué habría de negarse ella — se preguntaba Enriqueta — á consagrarle su vida ?..

De pronto, sobresaltóse Santiago de Courten.

— ¡ Demonio ! exclamó. (Y el regreso de su interjección favorita era la mejor prueba de su próxima curación). Ahora me vuelve la memoria sobre otro punto, señorita... ¿ Podría usted decirme en qué fecha estamos ?..

— Hoy es 28 de enero.

— ¿ Y el 6, la noche de la Epifanía, es cuando entré en conocimiento con un *déris* borgoñés ? En ese caso, hace ya veintidós días que le impongo á usted mi molesta persona.

— ¿ Le fastidia, acaso, mi compañía ? preguntó maliciosamente Enriqueta.

— ¡ Si sólo se tratase de padecer para conservarla, desearía estar en cama cien años !

— ¿ Entonces ?..

— Es que, desgraciadamente, no se trata de eso. Yo acepté encargarme de un mensaje para el señor conde, su padre, y me he deshonrado ; porque será difícil creer que un correo real haya empleado cerca de un mes para franquear las treinta y cinco ó treinta y seis leguas que hay entre Tanlay y el Louvre, ó, lo que es lo mismo, que haya tardado todo ese tiempo en cumplir su misión.

Parecía estar bajo la influencia de una desesperación cómica.

— Por favor, señorita, continuó, si su señor padre está en el castillo, ruéguele me venga á ver, ya que yo no puedo ir hasta él... Al mismo tiempo, sírvase dar órdenes para que me entreguen el jubón que yo traía.

Justina, á quien se llamó, no tardó en advertir á Lancelot lo que deseaba de su amo el huésped del castillo. Al volver, traía el jubón, que dejó encima de la cama.

El vizconde sacó de un bolsillo un cortaplumas, y empezó á descoser el forro del traje. Enriqueta le miraba.

— Á propósito, dijo Santiago, interrumpiendo su trabajo : ¡ es sorprendente el que se vuelva uno egoísta por algunos días de bienestar ! Aun no le he pedido á usted noticias de los dos forasteros que cruzaron conmigo el Armançon. ¿ Se consiguió salvarlos ?

— Mucho más fácilmente que á nosotros. El conde los salvó sin gran trabajo.

— Lo celebro muchísimo.

— Y hasta les habían dado habitaciones en el castillo.

— ¿ Están aquí aún ?

— ¡ No ! se marcharon de un modo raro, y sin dar siquiera las gracias.

— ¿ Qué me dice usted ?

— Al día siguiente á la Epifanía, hubo que cuidarse especialmente de usted ; su estado necesitaba cuidados urgentes. Sólo nos acordamos de ellos á la hora de la comida. Lancelot, el ayuda de cámara de mi padre, volvió sin haberlos podido ver. Su habitación estaba

vacía, aunque nadie los vió salir. Creyóse que estarían paseándose por el parque; se mandó tocar la campana, pero no aparecieron, y luego no han vuelto.

— ¡Me parece sospechoso todo eso!

Acababa de abrirse la puerta dando paso á los dos castellanos.

— ¿Qué tal, mi querido huésped? dijo Lespare acercándose al convaleciente y tendiéndole la mano, ¿va usted á decidirse á aprovechar más alegremente nuestra hospitalidad?

— ¡Sabe usted que nos ha asustado mucho! añadió Constancia.

— ¡Lo que sé, señor conde, replicó el bretón, muy emocionado por la afabilidad que encerraban aquellas palabras, es que mi buena estrella me ha hecho encontrar corazones de oro! De lo que me acordaré toda mi vida, señora condesa, es del modo con que la castellana de Tanlay acoge y cuida á sus huéspedes más molestos. Lo que me llevaré, en fin, de aquí, grabada en mi alma, para nunca separarme de ella, es la imagen de la más heroica y caritativa de todas las jóvenes.

— ¡Y hará usted bien, mi joven amigo, aprobó el conde, tomando asiento junto al lecho; pues le debe usted un buen cirio!

— ¡Nadie mejor que yo conoce su valor!

— Esto sea dicho, por supuesto, sin rebajar el mérito de usted, que tengo poderosos motivos para alabar.

— ¿Qué no debo á ustedes?

— ¿Á mí?.. ¡Nada!.. exclamó Lespare. Tengo que

confesar humildemente que soy completamente ajeno á su resurrección. Mas no ocurre lo mismo con estas señoras, que se han multiplicado á la cabecera de su lecho y sin interrupción, desde que llegó usted al castillo.

— ¡Oh! papá...

— ¿Quieres callarte, Luis?

La condesa y su hija no querían oír elogiar su conducta.

— Hasta la pobre Justina se ha portado admirablemente.

— Cuando menos, á esa ya sé yo un medio muy fácil de demostrarle mi gratitud, pensó el bretón.

— ¿Qué es eso?... — Esta pregunta la formuló el conde al ver á Santiago sacar un pergamino amarillento y arrugado, del forro descosido de su jubón.

— Esto, señor conde, es la causa inicial de mi presencia en esta comarca. Si no me hubiera corrido prisa traer este pergamino á su destino — ¡y bien sabe Dios con cuánto retraso llega! — tal vez hubiera yo pasado, sin notarlo, junto á la heroica joven que lleva su apellido... Y, ¡demonio! ¡si no consigo yo hacérselo trocar por el mío!

Como es de suponer, la última frase no fué pronunciada por el vizconde. No hizo más que pensarla.

Tendiendo el pergamino á Luis de Lespare, prosiguió:

— En resumen, este pliego me fué confiado por el conde de Argenson, para entregárselo á usted en propias manos, de parte de Su Majestad.

— ¿Un mensaje del Rey?

Apoderóse el castellano del pliego, y acababa de romper el sello. Pero, al desdoblarlo, no pudo descubrir en él huella alguna de escritura.

— ¿Qué puede significar esto firmado en blanco?.. preguntó al cabo de un rato.

La condesa y Enriqueta escuchaban, muy intrigadas.

— ¿Firmado en blanco? exclamó el vizconde, poniendo el codo en medio de la almohada para tratar de ver. ¿Firmado en blanco, ha dicho usted?

Lespare le puso el pergamino abierto ante los ojos. Entonces, el joven bretón dió rienda suelta á un acceso de ruidosa alegría, tal vez intempestivo.

— Perdóneme, dijo calmándose; pero lo que acabo de ver es, en verdad, gracioso, es decir, que el agua de los *déris* de Borgoña es de calidad superior á la tinta que emplean en el ministerio de la guerra. Conviene decir que la tinta estaba en pequeña cantidad, y el agua, en exceso... Es de creer que el Armançon ha salido de su lecho expresamente para venir á mis forros á lavar el papel del rey. El pergamino contenía un nombramiento.

— ¿No se equivocará usted?... Su reciente fiebre..

— ¡Nada tiene aquí que ver mi fiebre!... Sin prever el recibimiento húmedo que me reservaba esta comarca, mi primo Argenson lo había hecho extender ante mí, para caso de que un incidente imprevisto me lo hiciera perder en el camino. He aquí lo que el pliego contenía: « Por nuestra real voluntad, Luis, conde de Lespare, es por Nos nombrado capitán te-

niente de Nuestra compañía de mosqueteros negros. Deberá incorporarse á ella y tomar su mando el primero de marzo próximo, á más tardar, fecha en la cual Nos proponemos unirnos á nuestro ejército, en campaña en Flandes ». Y estaba firmado: « LUIS ».